

Secretos mortales

Robert Bryndza

Traducción de Santiago del Rey

Rocaeditorial

Título original: *Deadly Secrets*

© 2018, Robert Bryndza

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2018 por Storyfire Ltd., que publica como Bookouture

Primera edición: mayo de 2023

© de la traducción: 2023, Santiago del Rey
© de esta edición: 2023, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

© de la ilustración: Vierka Bryndzova

Impreso por LIBERDÚPLEX, S. L. U.
Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-19283-87-0
Depósito legal: B. 6904-2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

RE83870

A Riky y a Lola

El hombre nunca es él mismo cuando interpreta su propio personaje. Dadle una máscara y os dirá la verdad.

OSCAR WILDE

*E*ra Nochebuena, ya tarde, cuando Marissa Lewis se bajó del tren en el andén de Brockley y avanzó entre la multitud ebria hacia el puente peatonal. Los primeros copos de nieve se agitaban perezosamente en el aire y la gente, reconfortada por el calor del alcohol, estaba deseando llegar a casa para empezar las celebraciones.

Marissa era una mujer hermosa de pelo negro azulado, ojos de color violeta y figura voluptuosa. Se sentía orgullosa de ser la clase de chica sobre la cual tu madre te previene. Volvía a casa desde el club de Londres donde actuaba como bailarina de cabaret y llevaba un largo abrigo *vintage* negro ribeteado de piel, un denso maquillaje de tonos pálidos, pestañas postizas y un trazo carmesí en los labios. Cuando llegó a los escalones del puente peatonal, dos jóvenes que iban delante se volvieron y la observaron con avidez. Ella siguió sus miradas y advirtió que se le había desabrochado la parte inferior del abrigo, dejando a la vista, mientras subía los escalones, un atisbo de las medias y los ligueros que lucía en su actuación. Se detuvo para abrocharse los grandes botones dorados entre el gentío que la sorteaba y seguía subiendo.

—Espero que sea piel de imitación —musitó alguien a su espalda. Marissa volvió la cabeza y vio a una joven fla-

ca con un novio igualmente delgaducho. Ambos llevaban abrigos desaliñados y en ella destacaba su melena grasienta.

—Sí, es imitación —dijo Marissa, ocultando la mentira con una sonrisa deslumbrante.

—A mí me parece piel auténtica —dijo la joven. Su novio se había quedado mirando con la boca entreabierta las medias de encaje y los ligueros de Marissa, que todavía estaba terminando de abrocharse el abrigo.

—¡Frank! —ladró ella, arrastrándolo escaleras arriba.

La piel del ribete era auténtica. Marissa había encontrado el abrigo de saldo en una tienda *vintage* de segunda mano del Soho y lo había comprado junto con el neceser que llevaba colgado del brazo.

Subió los escalones restantes y cruzó el puente. Abajo, los raíles del tren relucían a la luz de la luna. Una ligera capa de nieve estaba formándose sobre los tejados. Al llegar al final, vio que los dos jóvenes se habían detenido y estaban esperando en lo alto de la escalera descendente. El corazón empezó a palparle más deprisa.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó el más alto, ofreciéndole el brazo. Era guapo, con el pelo rojizo y una cara rubicunda. Llevaba un traje de tres piezas, un largo abrigo marrón y unos relucientes zapatos de cuero claro. Su amigo, más bajo, iba vestido casi igual, pero no era tan agraciado.

—No hace falta —dijo ella.

—Está resbaladizo —insistió el joven, metiendo el brazo bajo el suyo. Ahora estaban bloqueando el paso. Ella lo miró un momento y decidió que sería mejor aceptar su ayuda.

—Gracias —dijo, sujetándose de su brazo. El más bajo quería cogerle el neceser, pero ella negó con la cabeza con una sonrisa. La sal crujía bajo sus zapatos mientras descendían flanqueando a Marissa. Apestabán a cerveza y a cigarrillos.

—¿Eres modelo? —preguntó el alto.

—No.

—¿Qué significa «M. L.»? —preguntó el bajo, señalando las letras impresas en el neceser.

—Son mis iniciales.

—¿Y cómo te llamas?

—Yo soy Sid; él es Paul —dijo el alto. Paul sonrió, mostrando unos grandes dientes amarillentos. Llegaron al pie de la escalera y ella les dio las gracias y se soltó del brazo.

—¿Te apetece una copa?

—Gracias, pero me voy a casa —dijo Marissa. Los tipos aún bloqueaban la mitad de la escalera y la riada de gente pasaba sorteándolos. Permanecieron un momento esperando, sopesando la situación.

—Venga, es Navidad —dijo Sid. Marissa se apartó, dejando que los pasajeros se interpusieran entre ellos—. O podemos llevarte en coche —añadió, abriéndose paso para acercarse. Paul lo imitó, apartando a un chico de un empujón. Tenía unos ojos penetrantes y desenfocados al mismo tiempo.

—No, de verdad. Tengo que volver a casa. Pero gracias, chicos. Felices Navidades.

—¿Seguro? —dijo Paul.

—Sí, gracias.

—¿Podemos sacarnos una foto contigo? —preguntó Sid.

—¿Cómo?

—Solo un selfi con nosotros. Nos gustan las chicas guapas y así tenemos algo que mirar por la noche, cuando estamos solos y ateridos en la cama.

La miraban de un modo que a Marissa le hizo pensar en un par de lobos. De lobos hambrientos. Se situaron a cada lado, pegando la cabeza a la suya. Mientras Sid sos-

tenía con una mano el iPhone y sacaba un par de selfis, ella notó que le ponía la otra mano en el trasero y luego empezaba a deslizarle los dedos entre las nalgas.

—Genial —dijo, apartándose. Ellos le mostraron la foto. Tenía los ojos muy abiertos, aunque no se la veía tan asustada como se sentía por dentro.

—Estás muy buena —dijo Sid—. ¿Seguro que no te podemos convencer para que vengas a tomar una copa?

—Tenemos vodka, Malibú, vino —dijo Paul. Marissa miró hacia el puente y vio que aún había algunos pasajeros cruzándolo. Luego se volvió hacia ellos y esbozó otra sonrisa forzada.

—Lo siento, chicos. Esta noche, no.

Alzó la mirada hacia una de las cámaras de vigilancia que había en lo alto, encerrada en su domo de plástico. Ellos siguieron su mirada y, finalmente, parecieron captar el mensaje y se alejaron.

14

—Menuda zorra engreída —oyó que decía Paul.

Ella se quedó atrás, aliviada, mirando cómo se dirigían hacia un coche aparcado junto al bordillo, pero apartó los ojos cuando echaron un vistazo atrás. Oyó risas, el golpe-tazo de las puertas y el ruido del motor al arrancar. Solo se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento cuando el coche se alejó de la estación.

Suspiró, y vio que los últimos pasajeros bajaban por la escalera. En lo alto de todo, divisó a un hombre apuesto de poco más de cincuenta con su esposa, una mujer muy pálida.

—Mierda —masculló entre dientes, apresurándose hacia una de las máquinas expendedoras de billetes y fingiendo que se concentraba en la pantalla.

—¡Marissa! ¡Te he visto! —exclamó la mujer, con voz ebria—. ¡Te he visto, zorra! —Sonó un redoble de tacones en la escalera. La mujer venía disparada hacia ella.

—¡Jeanette! —gritó el hombre.

—¡Tú déjanos! —gritó la mujer, llegando a la altura de Marissa, pero deteniéndose a dos pasos. Esgrimió un dedo alargado a unos centímetros de su cara—. ¡No te acerques a él!

Tenía los ojos inyectados en sangre y la cara roja e hinchada, y el carmín se le había corrido sobre las arruguitas que rodeaban su boca.

—¡Jeanette! —siseó el hombre, dándole alcance y apartándola. Aunque eran de la misma edad aproximadamente, él tenía un rostro curtido y atractivo. Lo cual le recordó a Marissa que el tiempo puede ser más clemente con los hombres.

—Hago todo lo posible para no cruzarme en tu camino, pero vivimos en la misma calle y es inevitable que nos encontremos —dijo, sonriendo con dulzura.

—¡Eres una zorra!

—¿Has estado en el pub, Jeanette?

—Sí —gruñó ella—. ¡Con mi marido!

—Tú pareces sobrio, Don. Yo suponía que eras tú el que necesitaba beber para ponerse a tono.

Jeanette alzó la mano para darle una bofetada, pero Don se la sujetó.

—Ya basta. ¿Por qué no puedes mantener la boca cerrada, Marissa? ¿Es que no ves que no está bien?

—No hables como si yo no estuviera aquí, joder —dijo Jeanette con la lengua trabada.

—Venga, nos vamos —dijo él, y se la llevó casi como si fuese una inválida.

—Putade mierda —masculló Jeanette.

—Nadie me ha pagado nunca para tener sexo —le gritó Marissa—. ¡Pregúntaselo a Don!

Él se volvió a mirarla con expresión apenada. Ella no sabía si Don sentía pena por su esposa alcoholizada o por

él mismo. Miró cómo la ayudaba a subir a un coche aparcado y la depositaba en el asiento del acompañante. Mientras se alejaban, Marissa cerró los ojos recordando las veces que había estado con él. Llamaba a su puerta muy tarde, cuando su madre ya estaba dormida, y se metían en la habitación con sigilo. La sensación de ese cuerpo cálido en su piel mientras hacían el amor...

Al abrir de nuevo los ojos, vio que los últimos pasajeros se habían dispersado por las calles adyacentes y que estaba sola. Ahora nevaba con fuerza y la nieve recubría el arco de las farolas que rodeaban la explanada de la estación. Abandonó la entrada y tomó a la derecha por Foxberry Road. Los árboles de Navidad destellaban en las ventanas de las casas y el crujido de sus pies sobre la nieve resonaba en el denso silencio.

16 La calle torcía al final bruscamente a la derecha para convertirse en Howson Road y Marissa titubeó al ver cómo se extendía en una casi completa oscuridad. Muchas farolas estaban estropeadas, solo quedaban dos para iluminar un tramo de quinientos metros flanqueado de casas adosadas. Habría preferido recorrerlo con los demás pasajeros del último tren; siempre había un par de personas que seguían el mismo camino, lo que la hacía sentir más segura. Sin embargo, entre Jeanette y los dos cretinos de la estación, ya había llegado tarde para eso.

Caminó a toda prisa, dejando atrás sombrías travesías y ventanas oscuras, para alcanzar cada tramo de luz. Se sintió aliviada cuando surgió entre las sombras Coniston Road, que estaba profusamente iluminada gracias al colegio que había al fondo. Torció a la izquierda, pasó junto al patio del recreo y luego cruzó la calle hasta la verja de su casa, que emitió un chirrido cuando la abrió. Las ventanas estaban todas a oscuras y el diminuto jardín delantero quedaba sumido en las sombras. Ya tenía la llave en la

mano y se disponía a meterla en la cerradura cuando oyó un golpe sordo a su espalda.

—¡Joder! Menudo susto me has dado, Beaker —exclamó al ver el cuerpo negro y lustroso del gato encaramado sobre el contenedor de basura junto a la verja. Se acercó y lo cogió en brazos—. Venga, vamos. Hace demasiado frío para estar aquí fuera. —Beaker ronroneó y alzó hacia ella sus intensos ojos verdes. Marissa pegó la mejilla a su cálido pelaje. El gato pareció darle un momento; luego se escabulló de sus brazos, saltó al suelo y rápidamente se coló por el seto en el jardín contiguo—. Muy bien, como quieras, sinvergüenza.

Fue a abrir la puerta, pero en ese momento sonó el chirrido de la verja. Se quedó helada. Hubo un leve murmullo y luego un crujido de pisadas en la nieve. Se volvió lentamente.

A su espalda había una figura con una larga gabardina negra. Tenía la cara cubierta con una máscara antigás y una capucha de reluciente cuero negro muy ajustada a la cabeza. Los dos grandes círculos de vidrio de la máscara la escrutaban inexpresivamente, y el tambor, o filtro para respirar, alargaba su rostro hacia abajo, colgando justo por encima del pecho. Llevaba puestos unos guantes negros y sujetaba en la mano izquierda un largo y delgado cuchillo.

17

Marissa intentó meter la llave en la cerradura, pero la sombra se abalanzó sobre ella, sujetándola del hombro y estampándola contra la puerta. Hubo un destello plateado y una explosión de sangre que salpicó los vidrios de la máscara.

El neceser cayó al suelo y ella se llevó la mano al cuello, solo notando ahora el terrible dolor del tajo que tenía a lo largo de la garganta. Intentó gritar, pero únicamente le salió un gorgoteo y la boca se le llenó de sangre. Alzó las manos justo cuando la figura, tambaleándose, le lan-

zaba otra cuchillada que le rebanó dos dedos y las mangas del abrigo. Marissa ya no podía respirar, boqueaba para tomar aire, gorgoteaba y arrojaba sangre. La sombra la sujetó de la nuca, la arrastró por el sendero y la estampó de frente contra el pilar de ladrillo de la verja. Ella oyó un crujido de huesos y sintió un estallido de dolor en la cara.

Ahora daba arcadas y vomitaba. Ya no conseguía inspirar aire hacia sus pulmones encharcados. Observó, casi con distancia, cómo la extraña figura forcejeaba para arrastrarla por el suelo hacia la mitad del diminuto jardín. Parecía oscilar, como si estuviera a punto de caerse, pero mantuvo el equilibrio. Volvió a esgrimir el cuchillo con ambas manos, rajándole aún más la garganta y clavándose en el cuello. Mientras su sangre bombeaba sobre el manto de nieve y la vida la abandonaba, Marissa pensó que reconocía la cara a través de los grandes cristales de la máscara antigás.

El despertador de la inspectora jefe Erika Foster sonó a las siete, y de las profundidades de la colcha y las mantas emergió un brazo pálido y delgado que lo apagó. La habitación estaba oscura y helada, y la luz de las farolas atravesaba las finas persianas. Se había propuesto cambiarlas desde que se había mudado, pero no había encontrado el momento de pedírselo al casero. Se dio la vuelta, apartó las mantas y se metió en el baño, donde se dio una larga ducha y se cepilló los dientes.

19

Solo cuando se había vestido y metido en los bolsillos el teléfono, la cartera y la placa recordó que era Navidad y que estaba invitada a comer en casa del comandante Paul Marsh.

—Mierda —masculló, sentándose en la cama y pasándose la mano por su pelo rubio—. Mierda.

La mayoría de los agentes de policía habrían considerado todo un éxito una invitación a pasar la Navidad con el comandante del distrito y su familia, pero, para ella, la relación con Marsh era... complicada.

Erika acababa de cerrar un caso espeluznante en el que una joven pareja había cometido una serie de asesinatos. En su juego perverso, habían secuestrado a las dos hijas pequeñas del comandante y atacado a su esposa, Marcie, al llevárselas. Lo cual había desencadenado una cacería

en toda regla. Erika había logrado rescatar a las niñas, y comprendía que Marsh y Marcie la habían invitado para agradecerse, pero ella habría preferido olvidar el asunto y pasar a otra cosa.

Se levantó de nuevo y, abriendo el armario ropero, examinó el escaso surtido de ropa, la mayor parte era para el trabajo. Hurgando entre tejanos negros, jerséis y blusas blancas, todo impecablemente colgado, desenterró un vestido azul sin mangas. Se volvió hacia el espejo del tocador, sujetando la percha a la altura de su barbilla. Erika medía descalza un metro ochenta. Tenía los pómulos altos y enérgicos, unos grandes ojos verdes y el pelo rubio y corto, con los mechones húmedos asomando en punta aquí y allá. «Joder, estoy esquelética», musitó, pegando el vestido a las partes de su cuerpo donde antes tenía curvas. Miró la foto de su difunto marido, Mark, sobre el tocador. «¿A quién le hacen falta los platos saludables de Lean Cuisine? Convertirte en viuda obra maravillas en tu cintura...». La crudeza de su chiste la sorprendió a ella misma. «Perdona», añadió.

Mark también había sido policía. Ellos dos y Marsh se habían formado juntos, pero Mark había sido abatido hacía más de dos años atrás durante una redada antidrogas. Esa fotografía había sido tomada en la sala de estar de la casa de Mánchester en la que habían vivido juntos durante quince años. El sol que entraba por la ventana iluminaba su rapado pelo oscuro, creando alrededor una aureola dorada. Su rostro era hermoso; su sonrisa, cálida y contagiosa.

—No sé qué decirles a Marsh y a Marcie... Yo simplemente quiero pasar página sin mayores alharacas.

Mark la miró sonriente.

—Tonterías, ¿no? ¿Ya es tarde para inventar una excusa?

«Sí —parecía decir Mark con su sonrisa—. Venga, Erika. Sé amable».

—Tienes razón. Ya no se puede anular... Feliz Navidad. —Se llevó un dedo a los labios y lo puso sobre el cristal.

Erika cruzó el pequeño salón integrado a la cocina, escasamente amueblado con un pequeño sofá, un televisor y una estantería medio vacía. Encima del microondas había un diminuto árbol de Navidad de plástico. Años atrás estaba encima de la tele, pero desde el advenimiento de la pantalla plana, el microondas era el único lugar donde podía permanecer sin resultar ridículo. Encendió la cafetera y abrió las cortinas. El aparcamiento y la calle estaban cubiertos con una gruesa alfombra de nieve que adquiría un tono anaranjado a la luz de las farolas. No había gente ni circulaban coches, y tuvo la sensación de ser la única persona en el mundo. Una ráfaga de viento soplaba a ras de suelo, levantando un polvo de nieve que volaba hacia el montículo acumulado junto al muro del aparcamiento.

21

El teléfono fijo sonó mientras se servía el café. Cruzó a toda prisa el pasillo y respondió confiando en que se produjera un milagro y se anulase la comida. Era el padre de Mark, Edward.

—¿Te he despertado, cielo? —dijo, con su cálido acento de Yorkshire.

—No, ya estoy levantada. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad también para ti. ¿Hace frío en Londres?

—Ha nevado —dijo ella—. Solo una capa hasta los tobillos, la verdad, pero suficiente para salir en las noticias.

—Aquí tenemos más de un metro. Y en Beverley todavía más. —Su voz sonaba fatigada y frágil.

—¿Te mantienes bien abrigado?

—Sí, cariño. Tengo el fuego encendido y, como me

siento un poco rumboso, lo mantendré todo el día... Es una pena que no nos vayamos a ver.

Erika sintió una punzada de culpa.

—Iré para Fin de Año. Me quedan días de vacaciones.

—¿Te tienen trabajando hoy?

—No, hoy no. Estoy invitada a comer en casa de Paul Marsh con su familia... Después de todo lo que les ha pasado, me pareció que no podía negarme.

—¿Quién es ese, cielo?

—Paul. Paul Marsh...

Hubo una pausa.

—Ah, sí, claro. El joven Paul. ¿Ha conseguido vender aquel Ford Cortina?

—¿Cómo?

—Dudo que saque mucho por él. Es un trasto oxidado. Puedes atravesar la carrocería con un dedo.

22 —Edward, ¿de qué estás hablando? —preguntó Erika. Marsh había tenido un Ford Cortina, pero hacía muchos años, a principios de los noventa.

—Ah, claro. Qué tonto... No he dormido muy bien esta noche. ¿Cómo les van las cosas, después de lo sucedido?

Erika no sabía qué decir. Retorció el cable del teléfono alrededor de sus dedos. Edward tenía casi ochenta años, pero conservaba una mente rápida y alerta.

—Aún es pronto. No los he visto desde...

Oyó el silbido del hervidor al fondo.

—Envíales mis mejores deseos, ¿quieres?

—Claro.

—Te dejo, cielo. Tengo que tomarme mi taza de té para despertarme del todo. Y abrir mis regalos. Cuídate, y feliz Navidad.

—Edward, ¿seguro que va todo bien? —empezó Erika, pero él ya había colgado.

Se quedó mirando el teléfono un momento y luego fue a la ventana. Había una mansión victoriana enfrente, grande y recargada, que como las demás casas de la calle había sido reconvertida en pisos. Ahora había bastantes luces encendidas y veía en una de las ventanas a una pareja con dos niños pequeños abriendo sus regalos junto a un gran árbol de Navidad. Una mujer con un grueso abrigo avanzaba trabajosamente por la acera, agachando la cabeza para protegerse de la nieve y arrastrando un perrito negro. Erika volvió al teléfono y levantó el auricular, pero luego volvió a dejarlo en su sitio.

Se vistió y salió del piso poco antes de las once. Nevaba con fuerza y un aire adormilado se notaba en el ambiente con todas las tiendas cerradas. Vio a algunos niños que jugaban afuera, lanzándose bolas de nieve.

23

Mientras circulaba por el tramo de tiendas de la estación de Crofton Park, el tráfico se fue volviendo denso y lento hasta que se detuvo del todo. Las escobillas del limpiaparabrisas chirriaban al limpiar la nieve seca. Al fondo se veía un destello azul de luces policiales. Eso la animó un poco; le hizo pensar en el trabajo. Los coches avanzaban a paso de tortuga y, justo pasado Crofton Park School, una de las travesías de la izquierda estaba bloqueada por dos coches patrulla y un precinto policial. El agente John McGorry estaba hablando con otros dos policías junto a la cinta, que oscilaba al viento. Cuando Erika llegó a su altura, dio un bocinazo y ellos se volvieron.

—¿Qué sucede? —gritó ella, bajando la ventanilla. Una ráfaga de nieve entró en el coche, pero no hizo caso. McGorry se subió las solapas de su largo abrigo negro y se apresuró a acercarse. Era un joven apuesto de veintitantos, con el pelo oscuro y un largo flequillo que le baila-

ba sobre la cara. Tenía la piel tersa y pálida, y las mejillas rojas por el frío. Cuando llegó junto a la ventanilla, se apartó el pelo con una mano enguantada.

—Feliz Navidad, jefa. ¿Va a alguna fiesta? —preguntó, observando que llevaba pendientes y maquillaje.

—Una comida... ¿Qué ocurre?

—Una mujer joven muerta a puñaladas en el umbral de su casa. El asesino se ensañó con ella, hay sangre por todas partes —dijo, meneando la cabeza. Los coches de delante empezaron a moverse, y él retrocedió, suponiendo que Erika iba a arrancar—. Que vaya bien la comida. Yo esperaba haber librado ya a estas horas. ¿Usted está de servicio mañana?

—¿Quién es el inspector jefe de guardia?

—Peter Farley, pero ha tenido que ir a un triple apuñalamiento en Catford. Parece que la gente no deja de matarse por mucho que sea Navidad.

24

El coche de delante se había alejado y el conductor de la furgoneta de detrás tocó la bocina. Erika pensó que le resultaba mucho más atractiva la escena de un brutal asesinato que una comida navideña con Marsh. Volvió a sonar la bocina de la furgoneta. Ella arrancó y se subió a la acera, obligando a McGorry a apartarse de un salto; luego cogió su placa y su abrigo y se bajó del coche.

—Enséñeme la escena del crimen.

Erika mostró su placa a los agentes y pasó por debajo de la cinta policial junto con McGorry. Recorrieron la calle, pasando frente a una serie de casas destartadas. Los vecinos, todavía con atuendos de primera hora de la mañana, observaban desde los portales, señalando el precinto del principio de la calle y estirando el cuello hacia el fondo, donde los agentes uniformados se arremolinaban en torno a otro cordón policial.

25

Erika debía esforzarse para mantenerse a la altura de McGorry, porque los tacones que se había puesto para la comida navideña no se agarraban a la acera helada. Le habría gustado que hiciera menos frío para poder quitarse los zapatos y caminar descalza.

—Es el peor día del año para cerrar la calle; ya hemos tenido que desviar a gente que venía a ver a sus parientes... —McGorry echó un vistazo atrás y vio que Erika se apoyaba en un muro mientras avanzaba con cautela.

—¿Cómo? —dijo ella, cuando le dio alcance, notando que el agente la estaba mirando.

—Nada. Veo que lleva tacones —dijo él.

—Excelente deducción, agente.

—No. Quiero decir que tiene un aspecto estupendo. O sea, elegante, muy...

Erika lo miró ceñuda y empezó a moverse otra vez,

pero resbaló. McGorry la sujetó justo antes de que se cayera.

—¿Quiere cogerse de mi brazo? —preguntó—. La casa está un poco más al fondo.

—No es que quiera, pero quizá será más rápido así. No me gustaría caerme de culo delante de los uniformados.

Lo cogió del brazo y siguieron adelante más despacio.

—Yo me puse tacones una vez —dijo McGorry.

—¿En serio?

—Unos tacones de aguja de quince centímetros. Cuando estaba en Hendon hicimos un *show* navideño de beneficencia. Yo interpretaba a Lady Bracknell en *La importancia de llamarse Ernesto*.

Pese a su irritación, Erika sonrió mientras avanzaba con cuidado por el hielo.

26 —¿Unos tacones de aguja de quince centímetros? ¿No se supone que Lady Bracknell era una vieja dama victoriana formal y estirada?

—Yo calzo un cuarenta y seis. Eran los únicos de tacón que conseguí de mi número —dijo, señalando sus grandes zapatos.

—¿Cuánto dinero recolectaron?

—Cuatrocientas setenta y tres libras con cincuenta...

—Venga, haga un poco de Lady Bracknell —dijo Erika.

—«¿Un bolso?» —dijo McGorry, impostando el acento de una dama de clase alta.

Erika movió la cabeza, sonriendo.

—Menos mal que no dejó su trabajo por la interpretación.

Se soltó de su brazo cuando llegaron al otro cordón, que se inflaba al viento frente a una casa adosada, casi al final de la calle. Un murete y un seto alto cubierto de nieve tapaban el jardín de delante. A través de la verja abierta vieron a un grupo de forenses con sus trajes de papel azul

Tyvek. La agente que custodiaba el precinto echó un vistazo a la placa de Erika.

—Ya ha sido convocado un inspector jefe. Viene con retraso por un triple apuñalamiento... —empezó.

—Bueno, él no está aquí y yo sí —dijo Erika. La agente asintió y levantó la cinta. Fueron a la furgoneta forense aparcada sobre la acera. Otra agente uniformada, una mujer adusta de mediana edad con un clavo en la nariz y el pelo gris, les pasó un traje Tyvek a cada uno. Ellos se quitaron los abrigos y los dejaron en la furgoneta.

—Maldita sea, qué frío hace —dijo McGorry, metiéndose a toda prisa el traje por las piernas y subiéndoselo sobre una chaqueta poco abrigada.

—Anoche llegamos a doce grados bajo cero —explicó la agente. Erika se apoyó en la furgoneta y, manteniéndose en equilibrio sobre una pierna, se puso el traje de papel, pero el tacón izquierdo se le enganchó y desgarró la pernera al estirar.

—¡Mierda!

—Yo me encargo de tirarlo en la bolsa; aquí tiene otro —dijo la agente, pasándole uno nuevo. Erika lo cogió y se lo puso, pero volvió a sucederle lo mismo—. Debería llevar zapatos planos, sobre todo en un día como este —comentó la mujer.

Erika le lanzó una mirada. McGorry se volvió educadamente mientras ella cogía un tercer traje y lograba pasárselo por encima de los tacones. Se subió la cremallera y ambos se ciñeron la capucha; luego se pusieron los protectores de zapatos, que a Erika también le dieron problemas. Una vez que estuvieron listos, caminaron hasta la verja y entraron en el reducido y abarrotado jardín.

Isaac Strong, el patólogo forense, estaba trabajando en ese pequeño espacio con dos ayudantes. Era un hombre alto y flaco de poco más de cuarenta. El pico de viuda de

su pelo castaño oscuro asomaba por debajo de la capucha de su traje Tyvek. Tenía unas cejas largas y delgadas que le conferían un aire inquisitivo permanente.

El cuerpo salpicado de sangre de una mujer joven se hallaba tendido boca arriba bajo la ventana panorámica. Tenía abierto su largo abrigo negro. La caída de temperatura durante la noche había helado la sangre, dejándola con la consistencia de un sorbete rojo rubí. Le habían seccionado la garganta, y era ahí donde se había derramado la mayor cantidad de sangre, que formaba un charco bajo el cuerpo. También empapaba su fino vestido verde sin tirantes, que estaba desgarrado por un lado y dejaba a la vista unas medias con ligueros, y cubría con una fina pulverización congelada la ventana y el alféizar.

—Buenos días y feliz Navidad —dijo Isaac, meneando la cabeza. Su saludo quedó flotando embarazosamente en el aire. Erika miró la cara de la joven. La tenía congelada, en sentido figurado y literal, de pavor. Sus labios estaban separados y se le veía un incisivo partido cerca de la encía. Sus ojos, aunque nublados, eran de un tono violeta de extraordinaria belleza, aun a pesar de estar muerta.

—¿Sabemos quién es? —preguntó Erika.

—Marissa Lewis, veintidós años —respondió Isaac.

—¿Hay una identificación formal?

—Su madre ha encontrado el cuerpo esta mañana; y hay un permiso de conducir en la cartera.

Erika se agazapó para mirar más de cerca. Un neceser cuadrado con las iniciales «M. L.» estaba semienterrado en la nieve, junto al seto, y a su lado había un zapato negro de tacón alto. Ambos objetos estaban marcados con números de plástico.

—¿Alguien ha tocado el cuerpo?

—No —dijo McGorry—. Yo he sido el primero en lle-

gar a la escena con un uniformado. La madre la ha encontrado y nos ha dicho que no ha tocado nada.

—¿Tienes la hora de la muerte?

—El frío extremo va a dificultar la estimación —dijo Isaac—. Le cortaron la garganta con una hoja tremendamente afilada, lo que provocó cortes profundos y la sección de las carótidas de ambos lados. Eso, como ves, produjo una enorme pérdida de sangre. Debió desangrarse rápidamente. El dedo índice de la mano derecha está casi seccionado, y hay laceraciones en el pulgar, el dedo medio y en los brazos, lo que indica que ella alzó las manos para defenderse.

—Solo se puede salir del jardín por la verja; o a través de la puerta principal —dijo McGorry. Erika advirtió que, además de la ventana, la puerta tenía una fina pulverización de sangre congelada sobre su descolorida pintura azul.

—¿Esas son sus llaves? —preguntó, reparando en un manajo con un llavero en forma de corazón.

29

—Sí —dijo McGorry.

Erika cerró los ojos un momento, imaginando lo que debió haber sufrido la joven, acorralada por un maníaco con un cuchillo en aquel espacio tan reducido. Volvió a abrirlos y miró la cara de Marissa.

—Tiene la nariz rota —dijo.

—Sí. Y el pómulo izquierdo. También hemos encontrado su incisivo incrustado en el poste de la verja —explicó Isaac.

Erika y McGorry se volvieron para mirar el poste, en cuya mitad había un marcador numerado. El ladrillo estaba parcialmente cubierto de grumos de nieve. Al lado, había un contenedor de basura y un cubo de reciclaje lleno de botellas de vodka vacías. Erika se volvió hacia la casa. Las cortinas estaban corridas y no había luces encendidas.

—¿Dónde está la madre?

—En casa de la vecina —dijo McGorry, señalando una casa adosada situada en diagonal al otro lado de la calle.

—¿Estamos seguros de que la víctima vivía aquí? ¿No había venido a ver a su madre por Navidad?

—Eso hemos de comprobarlo.

—Nos va a costar moverla —comentó uno de los ayudantes de Isaac, que había terminado de apartar la nieve de las piernas ensangrentadas.

—¿Por qué? —preguntó Erika.

El ayudante, un hombre bajito con unos grandes e intensos ojos castaños, alzó la mirada y señaló el gran charco de sangre helada que se extendía bajo el cuerpo.

—Por la sangre. Está pegada como un témpano al suelo congelado.